

*Sociología de la esperanza*. H. DESROCHE. Herder, Barcelona, 1976.

El profesor Desroche, especialista de la investigación sociológica, particularmente de la interrelación entre el factor religioso y el desarrollo socio-cultural, ha preparado con rigor científico *Sociología de la Esperanza* donde pone a contribución los antiguos mitos. En la Introducción glosa el espectacular «milagro de la cuerda», por el que un traumaturgo y su ayudante se elevan hacia el cielo sostenidos por un lazo que parece anclado en algún punto del aire. En algún punto que, aquí, simboliza la esperanza que sostiene en la Historia de la Humanidad las creencias, los mitos, las utopías, los mesianismos milenarios, las religiones contestatarias, los movimientos socio-religiosos, todos los mensajes que contienen una promesa de libertad, promesa que no puede ser cumplida y en que radica su secreto y que perfila gráficamente las cimas y los abismos de ese ambiguo punto del aire en que se ancla la cuerda es lo que mantiene los comportamientos sociológicos, incluso los más inexplicables. Y «Si la esperanza "es una cuerda", ¿su milagro no es precisamente el de dicha creatividad o, para adoptar la perspectiva abierta por E. Morin, el de un "acontecimiento"? El privilegio de la esperanza consistiría entonces en promover un acontecimiento a la categoría de advenimiento.»

Intimamente ligada al sentido religioso, la esperanza determina la clase de religión. Si es *obstruida*, hay una identificación de la religión con la sociedad y, si es *evaporada*, determina una religión testificadora de un más allá. Socialmente hablando, «el sueño de un hombre despierto» sería una esperanza individual y con una ruptura con la realidad. Como «ideación colectiva» pertenece a una colectividad y posee distintos niveles. La primera tiene que ver con la creación y la segunda con el mito. Y la esperanza «como utopía generalizada» entra ya en el terreno de las ideologías y «estos sueños sociales despiertos» que han caracterizado las religiones en utopías. Estos tres últimos niveles, junto con la psicología «espera efervescente» que moviliza la emoción, la percepción, espera que puede ser *inhibidora* o *exaltante*, pertenecen a la parte positiva o lo que la obra estudia bajo el nombre de *Los colmos de la esperanza*. Se estudia la parte negativa en *Los huecos de la esperanza* y en sus niveles o «esperanza fracasada», «esperanza vaciada» relacionada con las crisis en que, socialmente «según la ausencia o incluso según la desaparición paulatina de sus trampolines, una esperanza sin eco o una esperanza sin viático desembocan en una esperanza vaciada». La «esperanza entrampada» presenta ambigüedades entre *la alteridad* y *la alienación*, tensión entre la promesa y la amenaza del hombre en la búsqueda

de su pérdida identidad. Esencialmente la «esperanza entrampada», sugerida en los paraísos perdidos o no hallados todavía de la obra de Marcel Proust se desdobra en la fórmula duplicada: *no obtiene lo que espera y obtiene lo que no esperaba*, porque imaginativamente hablando la esperanza funciona «como un surtidor de creatividad» e implica contradicciones que han de resolverse en el plano filosófico.

Así la obra introduce el *Panorama de los fenómenos milenaristas*, estudiando los *ciclos* de arranques y caídas en los milenarismos judío, musulmanes; los mesianismos; los ciclos cristianos, ya que el milenarismo cristiano decrece «a la luz de la teología agustiniana» y posteriormente se clasifica como herejía; el ciclo patrístico; los ciclos medievales; los ciclos revolucionarios, miológicos y postrevolucionarios más modernos; los ciclos del tercer mundo en las áreas oceánicas, subsahariana e iberoamericana. Aquí se entremezclan utopías, creencias religiosas, afanes principescos, iluminaciones o corrientes revolucionarias que hallan situaciones más o menos propicias para su transferencia.

El capítulo tercero, *el exilio y el reino en eterno retorno* constituye un auténtico centro de confluencia de todos los *colmos* y *huecos* de la esperanza y, evitando toda interpretación teológica de la problemática de las utopías y sus repercusiones, sí que entra en el terreno religioso como "gran utopía" o como el gran resultado de la fe-esperanza.

El mismo título ya sugiere este diagrama zigzagueante de exilio-reino y retorno cíclico. Del estudio psicológico y «análisis antropológico de fenómenos socioreligiosos cercanos a los fenómenos mesiánicos», con todo el aparato de cultos y representaciones sacerdotales, se pasa al planteamiento de la tipología fenomenológica en sus tres componentes: la tipología de los personajes,

la de los reinos o reinados mesiánicos y la de los cómputos, que presenta los distintos niveles o características del reino prometido que, lógicamente, se intuyen supranaturales.

El esquema subsiguiente del fenómeno religioso marca cuatro tiempos, a señalar: el del *reino* "soñado en la crisis mística"; el de una *iglesia*; el de una *orden* religiosa; finalmente, el de una *secta* decadente. Así «Cada uno de los mil y un movimientos mesiánico-milenaristas sería así susceptible de una doble lectura: la primera en autointerpretación, la segunda en heterointerpretación.» Del esquema "tal como se concibe" y "tal como se desarrolla" resulta que «el mesianismo es un proyecto de reino, proyecto concebido en las tierras del exilio» y «El reino "llegado" es ya un nuevo exilio, donde alimentar la nostalgia de otro reino, Exilio y reino en eterno retorno.»

En esta última definición se centra la problemática del libro y la de la esperanza en sus aspectos humano y religioso fundamentales. Y este dilema aplicado al milenarismo lleva al estudio de *Ideologías revolucionarias y mesianismos religiosos*, en el siguiente capítulo cuarto, donde se trata a fondo «el fenómeno global mesiánico-revolucionario». Tamizado con los telones de fondo que constituyen el tránsito del monismo al pluralismo, del altercado a la alternativa y de un sistema cerrado a su ruptura, se enfoca la cuestión mesiánico-revolucionaria en sus tres planteamientos problemáticos: *Génesis y amalgamas o la relación vista según el modo épico*, *Conflictos o la relación vista según el modo crítico* y *Rupturas o la relación vista según el modo ascético y estoico*, deduciéndose de todo el debate si, en vez de la perpendicular esperanza sostenida en algún punto del aire, no estaremos en un círculo vicioso o «entrampados en la poesía

visionaria de las sociedades perfectas» o bien «en la prosa de las sociedades hechas» o, como una última alternativa, «la de la aniquilación recíproca», porque si bien los espejismos son inalcanzables, sólo por ellos las caravanas se ponen en marcha.

Después de esta conclusión el estudio se redindea con el capítulo dedicado a los *Fenómenos religiosos e imaginación colectiva*, que comprende dos puntos muy esenciales: la conciencia colectiva y la memoria colectiva, que están a la base de la fenomenología religiosa, y su conexión con el comportamiento sociológico. Entre las diversas utopías que comporta el estallido de la imaginación colectiva se estudia el binomio *Dioses de insurrección. Insurrección de los dioses*, comportamientos que «corresponden precisamente a una gama de actitudes milenaristas o utópicas que se hacen operativas» y de que «unos dioses han sido o son los emblemas», y en definitiva su fuerza.

Por tanto, *demasiada* o *demasiado poca* imaginación repercute en el suicidio de las mismas sociedades, si la imaginación dejando el plano evasivo degenera en un «proyecto conflictivo» tanto para la sociedad misma como para sus dioses imaginarios, precipitando el drama y destruyendo el milagro simbólico de la cuerda esperanzadora.

La Conclusión de la obra es la *Sociología de la esperanza y esperanzas de las sociologías*, la esperanza inesperada pues también la ciencia, como el salvajismo, en trance, «no deja de agarrarse a unas esperanzas y a una desesperanza», aunque finalmente sólo exista esa contraesperanza sociológica, de una rara especie perfilada en la afirmación de Kafka: «El mesías sólo llegará cuando ya no sea necesario».

MARÍA ANGELA CERDÀ

*Tecnología alternativa*, D. DICKSON. Blume Ediciones. Madrid, 1978, 196 pp.

El libro que aquí se considera, puede inscribirse en la literatura que propugna un cambio en el modelo político y económico actuales, cuyo movimiento ha adquirido mayor trascendencia a partir de los inicios de la actual crisis económica.

El objetivo fundamental que pretende el autor, es en primer lugar realizar una crítica a la tecnología existente y en segundo lugar establecer algunos principios básicos para el desarrollo de una tecnología alternativa que supere de alguna manera las limitaciones y condicionantes que presente la tecnología actualmente imperante.

La crítica a la tecnología actual se encuentra contenida principalmente en dos principios. Por un lado el control social que comporta la tecnología ya que «lejos de ser la gran democratizadora que aporte la igualdad para todos, la tecnología se ha convertido en un medio más por el cual unos mantienen su supremacía sobre otros». Es decir, la tecnología se ha convertido en un elemento de alienación mediante el cual bajo un sistema productivo, el producto del trabajo de un hombre queda inmediatamente separado de él y pierde todo tipo de control sobre lo que puede ocurrir con dicho producto. En definitivas cuentas, la tecnología actual ha constituido un elemento de suma importancia para desarrollar cada vez más un sistema jerárquico dentro de las empresas.

La segunda crítica que realiza el autor se centra en aspectos ecológicos, pues argumenta que en una sociedad capitalista el modelo de producción responde al criterio de la maximización de beneficios. Consecuentemente, ello comporta una minimización de los costes internos

de la empresa y, suponiendo que el coste de producción para la sociedad es constante, parece lógico el que los costes externos deban de ser máximos. Es decir, en el sistema de producción capitalista no ha habido ningún tipo de mecanismo que implique la minimización del coste social si bien al contrario, al minimizar los costes internos de la empresa, se tiende a incrementar los costes externos con el consiguiente efecto nocivo sobre el sistema ecológico.

La alternativa tecnológica propuesta por el autor es la consecución de una tecnología que responda a las necesidades sociales directas y que sea no-alienadora y no-explotadora. Para ello, trata de «describir algunos de los instrumentos, máquinas y técnicas» que podríamos escoger para hacer frente a la situación descrita anteriormente. Gran parte de la tecnología alternativa descrita por el autor tiende a concentrarse sobre aspectos ecológicos. Así, se pretende minimizar el uso de aquellos recursos no renovables y potenciar los que produzcan las menores interferencias posibles con relación a los ciclos ecológicos naturales.

La nueva tecnología debería basarse en la cooperación y no en la competencia entre el hombre y la naturaleza. Se trata así de las fuentes alternativas de la energía, como la eólica, solar e hidráulica, de las técnicas alternativas de cultivos, alimentación, vivienda, medicina, etcétera.

El problema de la alienación, según el autor se solucionaría a través del desarrollo de la ergonomía, es decir, la ciencia que estudia la mayor adaptación de la máquina al hombre y no del hombre a la máquina.

Propone que, para hacer frente a los problemas de jerarquización de las grandes unidades de producción, se creen centro de trabajo descen-

tralizados y basados en la pequeña escala en donde el control depende de aquellas personas involucradas en el proceso productivo y de aquellas otras personas que utilizarán los servicios o artículos de consumo producidos por tales unidades.

El autor, después de describir lo que se puede denominar como tecnología alternativa utópica en varios sectores de la ciencia y la técnica, aborda el problema de la tecnología intermedia, es decir, aquella que puede adecuarse más a las necesidades de los países del tercer mundo. Aduciendo que gran parte de esta tecnología intermedia está en íntima conexión con la tecnología utópica desarrollada anteriormente.

Por último, en un capítulo titulado «mitos y responsabilidad», D. DICKSON trata sobre la forma cómo podría enfocarse la «naturaleza política de la tecnología en cuanto a institución social», distinguiendo dos aspectos: por un lado la «prospectiva sincrónica» en la que se considera a la tecnología de una sociedad como si existiera en cualquier punto del tiempo. El segundo aspecto lo define como «prospectiva diacrónica», en el cual examina el desarrollo histórico de la tecnología.

En una segunda parte del capítulo trata de determinar de qué manera la sociedad interpreta la naturaleza de la tecnología y del desarrollo tecnológico. Esta función explicativa se realiza a través del «mito», cuyo principal mensaje es que la tecnología es políticamente neutral. Asimismo, el autor indica en qué medida la existencia de este mito determinará la forma en que seremos inducidos a interpretar la naturaleza de la tecnología y sus consecuencias. Es decir, trata de poner de manifiesto la realidad política que conlleva el «disfraz mitológico que envuelve la tecnología».

Para concluir, diremos que el libro aquí reseñado es interesante en sus planteamientos y sugestivos en las tecnologías utópicas propuestas, si bien es este utopismo el que a la postre da el carácter definitivo a esta obra. Por lo demás podemos decir que constituye una interesante aportación al estado de las relaciones entre cambio tecnológico y cambio político.

JUAN A. SALMURRI TRINXET

*Introduction to the Economic Growth.* H. JONES. Nelson, 1975, 250 pp.

La utilidad de una reseña estriba en el tratamiento de la información. Se supone que de este modo, el lector puede elegir con conocimiento de causa, entre la avalancha de temas que se someten a su consideración, aquellos potencialmente interesantes a un menor coste en términos de tiempo. Por ello, uno de los requisitos imprescindibles de toda reseña es la de actualidad, la de versar sobre libros de reciente aparición; no es necesario elogiar a la Teoría General de Keynes pues es de esperar que todo el mundo la conozca.

El volumen que aquí nos ocupa, incumple el segundo requisito —es de 1975—, pero por los motivos anteriormente apuntados, conviene darle publicidad y recomendarlo encarecidamente a fin de destacarlo entre la pleyade de títulos dedicados al crecimiento económico.

Como indica su título es una introducción. No obstante, este calificativo no tiene ninguna connotación peyorativa, en el sentido de que el libro sea elemental, sino más bien que no ofrece un tratamiento exhaustivo de los grandes temas que estructuran lo que se conoce como crecimiento económico. Todas aquellas proposiciones sofisticadas que

requieren para una demostración rigurosas matemáticas avanzadas se obvian. Sin embargo, lo que constituiría la materia de un curso universitario sobre estas cuestiones está tratado con rigor, empleando matemáticas elementales y dando preponderancia al tratamiento gráfico.

Este es el mayor mérito del libro. Al ser asequible fácilmente, por no emplear un instrumental que no todo el mundo posee, sin grandes esfuerzos se consigue una visión clara y sistemática de los principales tópicos, posibilitando un avance posterior en aguas más profundas. E incluso en este campo el libro de Jones sigue constituyendo una valiosa ayuda. A lo largo del texto se va dando la correspondiente bibliografía —¡278 referencias!—, para guiar las lecturas de ampliación, sobre cada aspecto en concreto, completándose con un cuadro sinóptico, basado en la enseñanza programada, que permite rápidamente saber dónde se está y cuáles son las líneas de desarrollo más interesantes. En suma, para acabar esta opinión en conjunto, un texto altamente pedagógico concebido para ayudar al lector en todo momento, llegando a estar señalados los pasajes más difíciles y aquellos que pueden ignorarse en una primera lectura por no ser importantes para seguir el hilo conductor.

Por otra parte, el libro se compone de 10 capítulos, el primero puramente introductorio y el último dedicado a las conclusiones, que no tienen mayor relevancia. El segundo «Conceptos y métodos de la Teoría del Crecimiento», se consagra a definir conceptos; capital, ahorro e inversión, función de producción agregada y la distribución según la productividad marginal y el crecimiento equilibrado. Los capítulos siguientes son, modelo Harrod Domar, el neoclásico de un sector, el de dos sectores y las críticas de

Cambridge; la controversia sobre el capital, la función de producción sustituta de Samuelson, etc., acabando con los ya «clásicos» modelos de Kaldor y Pasinetti.

Todo el análisis se efectúa sin introducir explícitamente el progreso técnico. El lugar para el mismo es el capítulo 7 y 8. En el primero, se discute la neutralidad del progreso y las aportaciones de Hicks y Harrod, para terminar incluyéndolo en los distintos modelos estudiados anteriormente. En el capítulo siguiente, se discute la causación y transmisión; los modelos de generaciones, el «learning by doing», el modelo de Kaldor y la frontera de posibilidades de invención de Kennedy y Weizsäcker.

La parte analítica del libro se acaba con el siguiente capítulo. «Crecimiento Económico y Bienestar», que se dedica a la «regla dorada» de la acumulación y al crecimiento óptimo.

Por todo ello, se evidencia que lo que podría denominarse temas convencionales dentro del crecimiento tienen cumplida cabida, resaltando algunos lunares como la no inclusión del dinero en los modelos neoclásicos. Esto motiva que si bien no es de lectura obligada para los alumnos de nuestras Facultades de Economía, resulta casi imprescindible.

JUAN FDZ. DE CASTRO

*Centros de crecimiento en la planificación espacial*, M. J. MOSELEY. Colección Nuevo Urbanismo. Instituto de Estudios de la Administración Local. Madrid, 1977. 259 pp.

Hace ya tiempo que los economistas regionales se quejan en sus libros y artículos de que la mayoría de análisis de teoría económica no hayan tenido en cuenta el concepto de espacio. Sin embargo, una

vez hecha esta crítica resulta que también ellos se olvidan, en muchos casos, de introducir el elemento espacial en sus propios análisis de economía regional.

Uno de los casos más demostrativos es el de la teoría de los polos de crecimiento. Esta teoría se ha convertido, durante las dos últimas décadas, en el elemento central de la política regional de países desarrollados y subdesarrollados, y ello a pesar de que hasta este momento no existe una formulación teórica adecuada del concepto de polo de crecimiento en el ámbito espacial. De hecho, no es hasta finales de la década de los sesenta, cuando se presenta claramente la distinción entre polo de crecimiento en el espacio económico y centro de crecimiento en el espacio geográfico. Sin embargo, la gran mayoría de estudios sobre el impacto de los polos de crecimiento utilizó técnicas input-output en las que el concepto de espacio geográfico brilla por su ausencia, y, peor aún, supuso que las vinculaciones interindustriales tendrían un efecto inmediato en el hinterland de los polos. La distinción entre espacio económico y espacio geográfico, que tan claramente había hecho Perroux en sus escritos, fue diluyéndose cuando se quiso utilizar el concepto de polo de crecimiento como base para favorecer el crecimiento económico en regiones subdesarrolladas.

Hay que agradecer a Moseley, geógrafo de formación, el que se haya atrevido a internarle en el campo de la economía y que haya aportado esa «imaginación geográfica» que tanta falta está haciendo a todos los economistas urbanos y regionales. En muchas ocasiones, las excursiones teóricas de los geógrafos por el campo de la economía adolecen de una falta total de entendimiento de los más elementales conceptos económicos. No es

este el caso de Moseley. El libro que comentamos ha sabido aunar perfectamente la «imaginación geográfica» de su autor con las aportaciones de la teoría económica acerca de los polos de crecimiento.

El primer capítulo distingue claramente entre polo de crecimiento y centro de crecimiento al mismo tiempo que pone de manifiesto la increíble variedad de definiciones distintas que se han dado de uno y otro concepto. No es de extrañar que más de un autor haya señalado la necesidad de una total reelaboración semántica de la teoría de los polos. El esfuerzo clasificatorio de los distintos conceptos teóricos es una interesante aportación de Moseley para evitar que en el futuro se sigan produciendo las confusiones conceptuales que han caracterizado a esta teoría.

El segundo capítulo es un repaso a algunas políticas de polos de crecimiento que el autor ha podido seguir de cerca. Este repaso le permite discutir las ventajas o desventajas económicas que una política de concentración del crecimiento en unos pocos lugares tiene a diferencia de una política que favorezca un crecimiento más disperso. También aprovecha para plantear un tema que ha preocupado a todos los países con políticas de polos de crecimiento: ¿cómo seleccionar los centros en los que concentrar las inversiones públicas?

El resto del libro plantea de una forma crítica los objetivos más importantes que, de hecho, subyacen en cualquier política regional de centros de crecimiento. El capítulo 3 analiza el efecto de los centros de crecimiento y de la estructura jerárquica de los centros urbanos en la difusión y adopción de innovaciones.

En muchas ocasiones los centros de crecimiento son considerados como una forma eficiente de proveer servicios públicos y de apro-

vechar las economías de escala que existen en la construcción de las infraestructuras físicas y sociales necesarias para el desarrollo industrial y urbano. El capítulo 4 analiza este problema relacionándolo con el debatido tema del tamaño óptimo de la ciudad.

El capítulo 5 presenta los distintos tipos de economías de aglomeración y analiza la hipótesis de si los centros de crecimiento al crear este tipo de economías favorecen el crecimiento global de la economía. Moseley, como en todo su libro, destaca los aspectos espaciales y en este caso plantea la cuestión fundamental de cuál es el área geográfica a la que se extienden los beneficios de las economías de aglomeración. Moseley no resuelve la cuestión pero, por lo menos, plantea una pregunta que muy pocos economistas parecen haberse hecho. También en este capítulo considera la capacidad de las vinculaciones inter-industriales para crear fuerzas aglomerativas y favorecer un crecimiento geográficamente concentrado.

Para nosotros el capítulo 6 resulta el más interesante de todo el libro. En él, se plantea el tema del impacto espacial de los centros de crecimiento, de los procesos a través de los cuales se produce ese impacto y en qué grado, rapidez y forma tienen lugar. Se señalan en especial tres tipos de vías de impacto: a) un impacto vía mercado laboral; b) efecto a través del empleo inducido; y c) los impactos a través de las relaciones inter-industriales entre el centro y su hinterland. Moseley presenta también algunos de los contados estudios empíricos que se han llevado a cabo sobre este tema, aunque es difícil extraer de ellos conclusiones definitivas. Tal vez lo más importante de este capítulo es que demuestra la invalidez de la idea tan generalizada entre los planificadores de

que un polo de crecimiento ha de tener efectos inmediatos y positivos en la región circundante. El proceso a través del cual el crecimiento se transmite desde el centro a su periferia es todavía relativamente desconocido y se hace necesario presentar y contrastar hipótesis adecuadas sobre cómo se produce esta transmisión a través de los espacios geográficos y económico, y a través del tiempo.

El capítulo 7 considera hasta qué punto una política de centros de crecimiento sirve para interceptar las corrientes migratorias hacia las grandes áreas urbanas.

En el último capítulo, Moseley presenta de forma muy resumida las principales conclusiones que se derivan de los capítulos anteriores y unas muy interesantes «sugerencias para futura investigación» en forma de preguntas que esperamos puedan ser contestadas prontamente por la economía regional.

En general, se puede afirmar que la mayor aportación del libro es ese enfoque espacial de las teorías económicas de los centros de crecimiento y la acertada síntesis que hace tanto de esas teorías como de los estudios empíricos que las sustentan. Como su propio autor reconoce, no hay en el libro excesivas ideas originales, pero sí una excelente síntesis de ideas ya existentes a las que Mosseley aporta su «imaginación geográfica». Esto hace que el libro sea muy recomendable como texto didáctico para cursos de economía regional y para posibles planificadores con deseos de implantar políticas de polos de crecimiento.

JOSEP ROIG MARTI

*El Inquiridor Económico*. G. L. S. SHACKLE, Alianza Editorial, 1977, Madrid, 149 pp.

Obra polifacética que, a semejanza de los diamantes, debe el brillo

de cada una de sus caras a la talla del conjunto. Sólo que las diversas facetas no son los distintos temas que se tratan sino los diferentes ángulos o puntos de vista desde los que es observado un único tema: la Economía Política. En efecto, este breve trabajo de casi un centenar y medio de páginas constituye a la vez un manual de introducción a la economía, un ensayo sobre filosofía de la Teoría Económica, la confesión de una cierta impotencia que aqueja al análisis económico ante el problema del tiempo y más concretamente frente a su dimensión futura, ignota por excelencia y por último, el reconocimiento explícito de que lo importante es la acción y que ésta se da siempre en un marco de incertidumbre.

Para adentrarse en el estudio y consideración de tan diversas facetas, el autor plantea formalmente una obra —al igual que hiciera el obispo Berkeley— como una serie de preguntas a las que va dando contestación. Ciento sesenta y cuatro preguntas que por su propia ordenación en la obra, por la forma en que son planteadas y por la omisión que se hace de otras preguntas posibles, indican, al margen incluso de las respuestas que se ofrecen, una visión clara y sintética de las preocupaciones teóricas y prácticas del «inquiridor».

El libro puede ser utilizado como introducción a la economía, y ello por dos razones: en primer lugar porque utiliza un lenguaje claro y conciso, asequible a los no iniciados, definiendo todos y cada uno de los términos técnicos que utiliza, y en segundo lugar porque trata en forma sencilla —lo que no significa escasez de profundidad— los principales tópicos de la Economía Política. Las ciento sesenta y cuatro preguntas que se autoinquire Shackle se agrupan en catorce apartados más amplios que constituyen los capítulos de la obra.



Tales apartados se titulan: El cambio, internecesidad, la producción, los precios, el tiempo, el dinero, el descuento, empresa e inversión, el ahorro, el empleo, el comercio entre naciones, los impuestos, la política.

Si bien los cuatro primeros capítulos aparecen como un reconocimiento explícito de los hallazgos teóricos debidos a la escuela neoclásica, básicamente por sus construcciones de equilibrio general walrasiano y de equilibrio parcial marshalliano, si bien rinden cumplido homenaje a las tablas de Quesnay y de Leontieff, la inserción del quinto capítulo, titulado: el tiempo, depura críticamente los cuatro primeros permitiendo que se depositen, por decantación, los conceptos de individualismo, mercado como forma eficiente de asignación de recursos, la teoría del valor y la distribución partiendo de los principios del análisis marginal; conceptos que, a su vez, informarán el ulterior desarrollo de la obra, adaptándolas a las nuevas necesidades teóricas que surgen ante la consideración temporal del devenir económico.

¿Cuál es la crítica que introduce la consideración temporal en la economía? Para Shackle esta crítica se fundamenta en que el futuro es absolutamente desconocido, que los actos humanos del presente, basados en el pasado se proyectan inexorablemente hacia el futuro y que la toma de decisiones individuales no se basa en un conocimiento perfecto de éste sino en las expectativas que sobre él se tiene. Pero si esto constituye la tragedia económica, no es menos cierto que hace posible la efectiva realización de la libertad, pues, ¿qué quedaría de ella en un mundo absolutamente determinado?

A partir de esta doble valoración del tiempo se abre, ante el estudio, el problema de cómo aprehen-

der la realidad económica y en este punto Shackle incorpora el hallazgo de Myrdall de descomponer el tempus económico en ex-ante y ex-post, lo que le permitirá romper con el inflexible concepto de equilibrio, a la par que ordenar temporalmente las acciones y reacciones económicas basadas en las decisiones humanas. Pero tales decisiones humanas no podrían realizarse —convertirse en acción— de no existir algún instrumento que posibilite hacerlas efectivas en el momento preciso. Este instrumento es precisamente el dinero, que hace posible, en base a su función como depósito de valor, posponer las acciones de compra hasta el momento en que las expectativas sean favorables. Precisamente la posibilidad de posponer la acción de compra convierte al detentador de dinero en empresario-inversor, con capacidad para emplear o no sus recursos y caso de emplearlos, para emplearlos en una u otra actividad. Con ello parece claro que los intereses que mueven a los inversores pueden no coincidir con los de aquellos despojados de unidades monetarias suficientes. Aunque Shackle apunta este hecho en un pasaje sobre el paro, parece no querer abordar de lleno las posibilidades que da de sí el estudio de las clases sociales y las consecuencias que sobre la economía tiene la institución de la propiedad privada de los medios de producción. Por contra, y apoyándose en el concepto de libertad y en el hecho de que la incertidumbre hace de toda decisión inversora un «acto generador», apologiza el sistema de mercado, siempre y cuando exista un estado con capacidad inversora pero no total.

Como ensayo sobre filosofía de la teoría económica, la obra aparece como un buen revulsivo crítico a las excesivas formulaciones quasi-dogmáticas que se dejan traslucir

en la mayoría de libros de texto. En este sentido, el hilo conductor de la crítica nos lleva al examen del tiempo como variable que ha sido olvidada de forma pertinaz y por ende a la consideración de la incertidumbre sobre el futuro como lugar común de toda decisión u opción económica que se realice. Así, si pretendemos que «la economía trata de la opción» (pág. 14) deberemos concluir que «la economía es la ciencia de la imprecisión» (página 79).

A lo largo de toda la obra, Shackle se sitúa en la postura de observador de la lucha entre las «dos bases fundamentales sobre las que el economista puede construir su pensamiento» (pág. 136). Por una parte la lógica, la razón, la cual hace posible que el economista avance en su análisis de la condición humana. Por otra parte el tiempo que constituye «una barrera que ni arte ni inteligencia, ni perfección ni persistencia, ni ingenio ni brillantez tecnológica permiten traspasar» (pág. 137). Esta lucha es desigual y la parte de león se la lleva siempre el tiempo, por lo que parece imposible que el economista encuentre verdades válidas para todo tiempo y lugar.

¿Cuál es pues el papel del economista? Por supuesto que la teoría constituye una caja de herramientas de inestimable valor, pero dado que la relación del hombre con el entorno se basa en la acción, el economista verá «su campo de estudio constantemente inundado por la capacidad humana de descubrimiento, invención y creación, una ola que puede arrastrarle hasta donde ni él mismo sospecha» (pág. 133). Por todo ello, y dado que estamos abocados a la acción, el autor se permite afirmar, en el prólogo, que la tarea consiste en «poner en juego la imaginación por medio de la acción».

SALVADOR BERTRÁN CODINA

*Size, Growth, Profits and Executive Compensation in the Large Corporation. A Study of the 500 largest United Kingdom and United States Industrial Corporations.* D. J. SMYTH, W. J. BOYES y D. E. PESEAU. MacMillan, 1975, London,

103 pp.

No por ser uno de los temas más tratados últimamente dentro de la problemática de la organización industrial deja de agradecerse un estudio como el que ofrecen estos tres economistas americanos, estudio cuya principal virtud es compaginar la teoría con la investigación empírica. Según indica su título, el objeto del libro estriba en el análisis de una serie de tópicos, como son los referentes a la relación entre medidas alternativas de la dimensión empresarial, el comportamiento de la rentabilidad de la empresa y la relación entre retribución de los ejecutivos, las ventas y los beneficios.

El análisis de estas interrelaciones se lleva a cabo sobre una muestra de las 500 compañías más grandes del Reino Unido y Estados Unidos, empresas, en su mayoría, de naturaleza industrial. Las razones que dan los autores para trabajar con esta muestra son cuatro: «en primer lugar, las grandes compañías representan una proporción importante de la actividad económica de ambos países —en USA, y en 1972, el 65 % de las ventas, el 75 % del empleo y el 75 % de los beneficios procedían de las 500 empresas mayores—. En segundo término, un estudio limitado a las grandes firmas da mucha mayor homogeneidad al grupo. Tercera, los medios financieros dedican una especial atención a las grandes empresas y, por último, la facilidad y fiabilidad de datos referidos a estas empresas, tanto en Estados Unidos como en el Reino Unido» (p. 1).

En el capítulo 2 los autores abor-

dan el problema de las implicaciones que la elección de una determinada medida del tamaño empresarial pueden tener sobre los resultados obtenidos en los estudios sectoriales. Después de examinar las magnitudes más comunmente empleadas como indicadores de tamaño de la empresa —activos, ventas, plantillas, capital— demuestran que, efectivamente, existe una dependencia clara entre la medida utilizada y los resultados conseguidos. Ello implica la necesidad de eliminar cualquier tipo de arbitrariedad en la elección de la variable dimensión y la conveniencia de recurrir a medidas alternativas en caso de duda respecto a la bondad de la escogida inicialmente. El capítulo 4, trata de la relación entre tamaño y crecimiento, con especial interés en el examen de la Ley de Gibrat. El análisis de las tasas de crecimiento de empresas de distinta dimensión muestra que tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña las empresas más pequeñas entre las 500 mayores estudiadas crecen más deprisa que las más grandes del citado colectivo.

El problema apuntado en el capítulo 3 respecto a medidas alternativas de dimensión, se repite al estudiar las correspondientes a concentración industrial. Este tópico se estudia, técnica y empíricamente, en el capítulo 5. Llegándose a la conclusión, después de examinar ocho índices de concentración en una muestra de 390 empresas americanas que «para que los resultados empíricos sean independientes de la medida de concentración elegida debe mantenerse una condición muy estricta. No es suficiente que las medidas estén altamente correlacionadas. La condición necesaria y suficiente para que tales medidas sean intercambiables es que sean proporcionales. De las definiciones de estas medidas se sigue que no pueden ser proporcionales entre sí, con lo que esta

condición no puede cumplirse... Por ello, la elección de la medida de concentración tendrá un impacto considerable sobre las conclusiones de los trabajos empíricos» (pp. 46-47).

En los capítulos 6 y 7 los autores estudian las relaciones entre rentabilidad, tamaño y concentración, es decir, si la tasa de beneficios crece o decrece al hacerlo la dimensión de la empresa o el grado de concentración del sector. El análisis pone de manifiesto que el aumento o disminución de la tasa de beneficios al hacerlo la dimensión de la empresa depende de las medidas de rentabilidad y tamaño empresarial utilizadas (p. 58), que las diferencias de dimensión explican sólo en escasa medida las diferencias de rentabilidad entre empresas (p. 59), y que no existe relación evidente entre la variabilidad de beneficios de la empresa, el grado de concentración y el tamaño (pp. 70 y 90).

En los dos capítulos finales —el 8 y el 9— se examina el grado de correlación existente entre los beneficios y las ventas de las grandes empresas americanas y la retribución de sus ejecutivos. Este análisis parte pues del supuesto según el cual los directivos de las empresas se ven retribuidos, en buena parte, en función de los resultados que obtienen en la consecución de los dos grandes objetivos de la gran empresa: crecimiento o cifra de negocios y rentabilidad, dejando pues de lado la premisa de buena parte de la teoría microeconómica que contempla a la empresa como maximizadora de beneficios.

En el capítulo 8 se ensaya un modelo ajustando datos de 557 grandes empresas americanas. Los resultados ponen de manifiesto que ambas variables, ventas y beneficios, son importantes en la explicación del comportamiento de la retribución de los ejecutivos —con ligero predominio de la variable rentabilidad— y dándose, a su vez una interrelación

entre ambas magnitudes. En el capítulo 9, el mismo modelo se ajusta a datos referidos a 49 empresas sujetas a regulación de su tasa de rentabilidad (excluidas en la primera muestra); en este caso la cifra de ventas resulta ser la variable explicativa más significativa, poniéndose así en evidencia que «estas empresas reguladas son antes maximizadoras de cifras de negocios que maximizadoras en beneficios» (p. 91). Estos resultados indican también un grado apreciable de infrautilización del capital por parte de la empresa pública.

Quizás el mérito principal de la obra comentada sea su interés por ofrecer un juego apreciable a la controversia sobre el instrumental teórico y econométrico empleado en el estudio de unos tópicos muy baqueteados últimamente por la literatura especializada en el tema de la organización industrial. Los resultados, en cierta forma esperados, tal vez sean lo de menos. Las aportaciones de Smyth, Boyes y Peseau, aunque marginales, no dudamos que tendrán la virtud de provocar nuevos trabajos que vayan delimitando y clarificando la problemática del tamaño, la concentración y la rentabilidad de las empresas del presente y futuras.

FRANCESC CUESTA TORRES

*Reading lists in radical political economics.* URPE. Ed. URPE, New York, 1977.

Hace ya siete años, en 1971, la entonces creciente organización de los economistas radicales americanos, URPE, publicó un conjunto de programas y listas de lecturas de los cursos profesados por sus miembros en distintas universidades americanas. El año pasado, la misma organización, seis años más vieja y con mayor experiencia, vol-

vió a publicar estas listas, y la comparación de las dos permite extraer ciertas conclusiones, tanto acerca de la evolución durante este lapso de la URPE, como de los distintos enfoques que se van introduciendo en la enseñanza de la economía en los Estados Unidos.

En primer lugar, la comparación de los dos volúmenes permite una comprobación de carácter formal: si en la primera versión los cursos representados se daban en un número muy reducido de universidades, centradas alrededor del eje New York-Boston, y en algunas californianas, además de alguna que otra excepción notable como la American U. de Washington, en la edición actual no sólo han aparecido nuevos miembros que desarrollan cursos en estas mismas universidades, sino que la economía «radical» ha hecho acto de presencia en las universidades del interior, desde Vermont a Oregon, y desde Michigan a Texas. Sin embargo, los centros de fuerza tradicionales no han variado: Amherst (Boston), New School (New York), American (Washington) y Stanford (California) siguen siendo los centros de irradiación, donde están colocados los más conocidos miembros de la URPE: Cleaver, Gordon, etc., aunque algunos hayan desplazado su centro de actividad. Esta diversificación puede observarse también en el último capítulo del libro, dedicado a los cursos ofrecidos por radio en centros comunitarios o fuera del ámbito académico en general.

Una revisión de los capítulos indica ya también algunas consideraciones sobre el enfoque: si como en 1971 el interés en aspectos metodológicos se reducía a una referencia bastante repetitiva a la obra de Kuhn, juntamente con la intención de hablar, en la línea de Kuhn, de un paradigma «radical», en 1977 la profundización es evidente, ya que un capítulo entero de los progra-

mas se refiere a programas de cursos sobre metodología de las ciencias sociales, y de la economía en particular. Al mismo tiempo, el contenido se ha ampliado (y no solamente porque se hayan publicado nuevas aportaciones en estos campos, puesto que las referencias son, en su mayoría, a obras publicadas antes de 1971, y por tanto disponibles en la primera edición), y casi ha desaparecido la referencia a un nuevo paradigma «radical»: dentro de esta definición se incluyen ahora tanto las visiones ortodoxas a la Marx, como las más heterodoxas a la Sraffa. Faltan quizá los dedicados a trazar las diferencias entre los dos, aunque sí los hay que intentan analizar las actuales controversias en el campo de la economía marxista, o en el de la ricardiana.

Otra diferencia importante radica en la importancia dada en la segunda edición a los cursos de historia, tanto económica como del pensamiento económico (solamente un curso en 1971, contra cuatro o más en la presente edición), y cuyo contenido dista mucho también de ser formal: las referencias a autores como Daniel Defoe para el análisis de la acumulación primitiva, a Balzac para el del capitalismo decimonónico, o a Dickens para los efectos de la revolución industrial dan a los cursos un aspecto mucho más sugestivo de lo que generalmente se espera de un simple título.

En lo que sería la segunda parte, compuesta por los bloques de problemas del capitalismo americano actual, aparece una mayor similitud entre las dos versiones, aunque las referencias a la crisis económica son mucho mayores en la segunda edición, en la que varios cursos están dedicados íntegramente a su análisis concreto (en la primera constituía únicamente una parte de cursos más generales), y también aparecen epígrafes nuevos: econo-

mía de la salud, y economía del medio ambiente junto con los dedicados al feminismo, al racismo, etcétera, que reflejan el creciente interés por estos temas, y no sólo en los USA, sino en Europa y en América Latina (las referencias a la cuestión urbana y regional incluyen aportaciones francesas, españolas y latinoamericanas, algo que estaba ausente en la primera edición) y la ordenación de los cursos y las lecturas obedecen a criterios mucho más elaborados.

Una última diferencia a constatar es la ausencia actual de cursos de introducción a la economía del estilo anti-Samuelson, anti-Heilbroner o anti-Lipsey, que en el inicio de esta década se organizaban a partir de los índices de estos textos, pero rellenos con lecturas alternativas, y que constituyeron algunas de las primeras publicaciones de los miembros de la URPE. A pesar de ello, no se piense que ha desaparecido el interés de sus miembros por la enseñanza, y muy en especial, la referente a la introducción a la ciencia económica: muy al contrario, los cursos que podrían ser una iniciación son muchos, sólo que el enfoque varía, y en ningún caso se hace a partir de hacer un contra curso, o de una crítica a un determinado curso, sino a partir de unos principios y una metodología propias. Es decir, se empieza por metodología, por historia o directamente por economía. Pero en este último caso, se parte de la existencia de tres enfoques alternativos, clásico, marxista y neoclásico, para primar los dos primeros, o uno de los dos, sobre la ortodoxia. Pero la explicación del paradigma neoclásico se reduce a una visión general, conjuntamente con la referencia a sus deficiencias. Esta elección, que supone un elemento distinto respecto de la ambigüedad existente en 1971 (a la que ya he aludido en referencia a la necesi-

dad de un paradigma radical) no tiene contrapartida total en algunos de los títulos de los cursos, que responden aún al genérico «Radical political economics, título también del volumen en vez de la opción «Radical political economy». Sin embargo, los contenidos responden a la visión clásica o marxista (ambos identificados a «radical»), y con mayor énfasis en la segunda. Quizás el uso de un título que empieza a ser aceptado como algo normal (tal y como lo adelantó Brofenbrenner), como es el de radical, permita la aceptación por parte del establishment académico de contenidos en principio marxistas, puesto que Marx nunca tuvo buena prensa en los medios académicos americanos, ni en el resto de la sociedad.

En conjunto, el volumen es una buena fuente de referencia y de ideas en cuanto al posible enfoque de la enseñanza de la economía, que se ve complementada por las indicaciones, en algunos casos muy útiles, sobre la forma de llevar un curso, en general bastante heterodoxa (sin exámenes, únicamente algunos trabajos cortos sobre temas concretos o sobre lecturas; y con algunos trabajos o visitas de tipo especial). También en este campo ha desaparecido la ingenuidad inicial para dar lugar a un estudio en profundidad, índice de una mayor madurez que poco a poco se va extendiendo por el país, al menos en lo que respecta a algunos campos de la economía.

L. ARGEMI